

## HOMBRES, IDEAS Y LIBROS

### El error del doctor Marañón

**C**ONTRAPRODUCENTE sería insistir en callar el problema sexual que es tan importante como lo fué en el siglo pasado el de la dirección de los globos.

La literatura, es decir la gran literatura, converge en las naciones más civilizadas hacia los complejos fenómenos del sexo y, cosa rara, confieso por mi parte que cada libro que leo a este respecto contribuye a desorientarme, así sean los textos científicos de Freud, Bloch, Marañón, Keyserling, Cabanès, Gide, o las novelas de Proust, Spitteler y otros. Puedo parodiar a Richet que, pretendiendo descifrar los misterios del Mas Allá, llegó a esta desoladora conclusión:

Cuanto más estudio los fenómenos objetivos y subjetivos de la Metapsíquica, tanto más me convengo de que nuestra débil inteligencia no puede saber nada, o casi nada, del vasto cosmos que nos circunda. Aún no hemos comprendido nada del Universo, que continúa siendo un enigma indescifrable y que tal vez lo sea siempre.

Así me ocurre con el cosmos sexual: me asombra y me desorienta. Tornemos los ojos a la hormiga, al gusano de seda, a la flor, a la gallina; y veremos que esos seres tildados de infe-

riores están expuestos—como nosotros— a gravísimas alteraciones sexuales. Llega uno a pensar que el mundo es una broma de carnaval: una cantidad de disfraces, caretas, antifaces, máscaras, repartidas a los seres más diversos sin orden ni concierto. La teodicea oriental difiere diametralmente de la nuestra en este sentido. El Dios occidental creó el mundo gravemente en siete días laboriosos; pero Brahma lo creó por travesura, haciéndonos una broma. Para los orientales no hay tal *Día del juicio*, sino otra jugarreta de Shiva que terminará alegremente esta farsa.

En los asuntos sexuales—que son determinantes del carácter y de la historia—estamos más cerca de la broma que de la gravedad, de tal manera que nos parece más natural un Brahma creando el mundo por jugarreta que un Jehová poniendo todo su empeño para hacer una cosa perfecta. Ilustremos estas líneas con un preliminar de entomólogos, ya que el mundo pequeño es algo así como una advertencia para nosotros.

El sabio japonés Toyama ha observado las más curiosas anomalías en abejas y gusanos de seda. Cruzando gusanos de seda franceses de rayas oscuras y gusanos japoneses de color compacto, obtuvo hijos tan fieles retratos de sus padres, que por un lado mostraban rayas y sexo femenino, y por la otra mitad exacta, el sexo masculino y el color unido. El doctor Forel, de Zurich, ha observado una hormiga cuya cabeza y cuyo protórax eran del tipo obrera, el abdomen macho y el medio del cuerpo repartido, macho a la derecha y obrera a la izquierda. Pues bien: ese individuo se conducía como obrera, obedeciendo a la cabeza. Es claro que, entre los vertebrados, los ejemplos no son tan impresionantes y definitivos, pero el hermafroditismo no deja de encontrarse, y es precisamente su discreción lo que desorienta. Somos hijos de errores, de equivocaciones. A veces lo que parece más absurdo está indicado para grandes hechos, por mecanismos y designios que se nos escapan.

¿Existirán asimismo anomalías sexuales en los astros? Nadie podría asegurar que no. Si a mí me dijeran que la tierra corre alrededor del sol por equivocación, no me extrañaría ni pizca. Las mayores cosas y muchas menores son hijas del error. Nuestro propio destino es una enfermedad, porque nuestra razón es una dolencia. La conciencia es una hiperestesia de la sensibilidad, luego es un estado anormal; luego el hombre se hizo rey de la creación mediante un estado patológico que la cultura propaga en vez de extirpar. Vivimos en pleno absurdo, y no sería raro que, a veces, ciertos estados que la medicina considera morbosos, contribuyan al brillo de la misma ciencia y al desarrollo de la cultura.

Si me atrevo a tomar la pluma para introducir un comentario en materia debatida por tanto especialista, ello se debe simplemente a lo chocante que me resulta la tolerancia amplia de esos especialistas con las variadísimas anomalías sexuales de plantas, animales e insectos y al mismo tiempo su seriedad e hipocresía para juzgar iguales o menores anomalías del mismo orden en la especie humana. Empecemos con el famoso doctor Marañón. Su obra es en conjunto admirable, sugerente, educadora: ilumina los problemas que trata con estilo de artista, porque el doctor Marañón es todo un escritor. Pero la conclusión a que llega en el punto de la virilidad, pretendiendo producir el hombre perfecto, intrínseco, es muy discutible.

El doctor Marañón mantiene contacto con una colección de monstruos cuya vida preside mediante el laudable pretexto de estudiarlos y normalizarlos. Los reyes taciturnos del Escorial mantenían monstruos para divertirse. El lector atento de la obra del doctor Marañón notará un estado de obsesión erótica muy española, una especie de delirio sobre el misterio *hombre-mujer-hermafrodita*. Desde luego, estos delirios provienen de la continencia, de la vida sedentaria, del fracaso amoroso y del escaso apego a la sociedad. La ilusoria conclusión o fórmula para resolver el asunto de los sexos indecisos revela en su autor una ingenuidad impropia del hombre de ciencia e indigna del artista millonario que rige un serrallo de monstruos.

El ilustre doctor justificaría el dictado de *burgués*, que le diera privadamente otro renombrado escritor español, por su vulgar apreciación del problema. No. Por desgracia el caos sexual no admite esa solución por virilismo, que sería la de cualquier aldeano, la más fácil y seductora: hacer hombres-hombres y mujeres-mujeres. Muy sencillo al parecer, pero nada más distante de la realidad como ya veremos.

Apretémonos lo más posible. Marañón parte de la base exacta de que todo individuo, en cierto período fetal, o prenatal, fué hermafrodita y que, en algunos, se mantienen los caracteres sexuales ambiguos determinando hombres-mujeres y mujeres-hombres. Así Don Juan y el abate Casanova, entre mil, pertenecían a la categoría de indecisos. Pretende Marañón que el deber de la ciencia consiste en descubrir a esa clase de individuos y *curarlos* para llegar a producir hombres-hombres, es decir machos en toda la acepción de la palabra, y mujeres-mujeres, o sea, hembras hasta la médula.

Un poco escépticos, nos preguntamos: ¿hubieran sido posibles los Sócrates, los Césares, los Gustavo Adolfos, los Bonapartes, los Grandes Federicos, si por medios artificiales la me-

dicina les hubiera duplicado el poder genésico? Seguramente que no. La parte de mujer que tuvo Napoleón fué aquella que le hizo desconfiado en las cuentas, minucioso, detallista, económico, gruñón, artista en la batalla, fino en la estrategia. Sin duda, en el fondo del vencedor de Marengo había una *menagère* dormida que preparaba las batallas como una buena ama de casa preside un banquete, sin desperdiciar un mendrugito. Comprensible es que un Anatole France, descreído, panteísta, galante, despreciara el lado femenino de Napoleón; pero un cientista tiene el deber de reconocer su papel indispensable, providencial. Volviendo a los don Juanes, ¿por qué desvalorar su actitud de líricos animadores del amor? La parte femenina en ellos es el arte, la fineza que les permite descubrir los puntos débiles de la mujer; su carácter tornadizo y pasajero, alado, que tanto place a ellas por cuanto contrasta con la pesadez crónica de los hombres completos, que, ciertamente, no fueron siempre los más amados. Dice muy bien Vicente Huidobro en sus *Vientos contrarios*:

Para seducir a una mujer, el hombre tiene que hacerse un poco mujer. (pág. 147).

Es preciso advertir que nos referimos a aquellos hombres-mujeres que permanecen hetero-sexuales y en quienes la conservación de ciertos atributos hermafroditas de la vida prenatal sirve de complemento, agregando ricos matices a la personalidad. Así un hombre artista, fino, agradable, que además es valiente, audaz y emprendedor; como una mujer valiente, decidida, además de dulce y maternal.

La naturaleza nos sorprende a veces con rasgos de picardía infantil, poniendo bigotes en el rostro de las mujeres o dotando a ciertos adolescentes con ojos de bayaderas. ¿Quién no se ha sonreído al escuchar a un hombre con voz atiplada? Pues bien: estos caracteres que a primera vista parecen aberraciones, son, mejor dicho, adornos naturales extravagantes, como las plumas, el maquillaje, los tatuajes. A veces también esos signos exteriores de un sexo opuesto corresponden a sutiles signos espirituales. Hay hombres de alma atiplada, como hay mujeres de alma bigotuda. Pero esto no quiere decir que los hombres de rostro o aspecto más viril estén libres de contener internos afe-minamientos.

No hay una persona que no conserve señales, por pequeñas que ellas sean, del hermafroditismo pre-natal, así las mamilas, en el hombre. Estos caracteres no constituyen aberraciones, ni son inútiles, y debemos inclinarnos ante su condición natu-

ral. Una mujer bigotuda no por tener ese vello masculino bajo la nariz deja de ser mujer. Lo que pasa es que suelen encontrarse entreveradas en su temperamento virtudes de hombre, y así se explica el dicho español: «A la mujer bigotuda, de lejos se la saluda.»

Sostiene el conde Keyserling en su obra titulada *Europa* que los alemanes tienen virtudes femeninas, palpables, entre otras cosas, por la corpulencia, que es un atributo femenino. Nótese con cuidado que esto lo dice como elogio. Francisco García Calderón no está equivocado cuando asegura que Keyserling es un discreto pan-germanista.

Si alguno me preguntara cuál es el pueblo más viril de la tierra, yo pensaría un rato y al cabo respondería: el Rif. Sin duda, el rifeño, con su fusil al hombro, apostado detrás de cualquier peña o chumbera, contra la civilización, en nombre de su cerril y triste libertad, es el tipo del macho específico. No creo que Madariaga, ni Valle Inclán, ni Cansinos Assens se someterían a las operaciones pro-virilidad total que propone el doctor español. Cito a Valle Inclán por haber leído en alguna parte de sus escritos esto: «el arte es andrógino». Cito a Cansinos Assens, sevillano de origen judío, que escribió:

A veces en las tardes claras, yo también—¡oh, mujeres!—tengo hoyitos deliciosos que anhelan ser henchidos!...

Toda la literatura de Cansinos Assens está saturada de sorprendentes confesiones de ambigüedad sexual, así en *Ancilla Domini* pone: «en este corazón mío lleno de dulzura, suave como un seno sepultado en mi pecho liso»...

Comentando un libro de Keyserling escribió Salvador de Madariaga esta frase impresionante:

*Das Spectrum Europas* será particularmente gustado por las mujeres inteligentes, sea cualquiera el sexo a que pertenezcan. Quiero advertir a las mujeres que no supongan ironía en mis palabras. Yo mismo tengo una buena porción de mujer en mi composición—como todos los artistas deben tener—y era, por consiguiente, capaz de gustar el libro del conde Keyserling, tanto como cualquier «hombre-mujer» (permítaseme acuñar esta palabra para librarnos del inconveniente del sexo en el ser humano).

Para terminar y considerando que no existe en Chile una selección de escritores, ni una jerarquía de pensadores, ni unos lectores muy comprensivos, desearía librar a este ensayo de las interpretaciones iletradas o socarronas, que es esta última una manera de enmascarar la ignorancia.

El tema es viejo en Europa, pero agraz en nuestra tierra.

Y conviene asegurar que si Marañón mismo fuera ese macho específico con que sueña, sin duda no conoceríamos esa obra maestra, sugerente, que es un punto de partida para miles de caminos de cultura y que se llama *Tres ensayos sobre la vida sexual*.—JOAQUÍN EDWARDS BELLO.

## Quetzalcoatl

**E**L de Quetzalcoatl es el más importante de todos los mitos americanos. Tierras atrasadas para la civilización éstas del Nuevo Mundo, se quedaron salvajes no obstante que el Asia y el Africa y Europa llevaban ya milenios de cultura cuando el descubrimiento. Y por eso se hacía sentir aquella ansia mal expresada; ansia de ascenso que inquieta las almas, aún a las más depravadas.

En toda la América se hacía sentir el anhelo, pero es en México y más particularmente en Anahuac donde se hacen más agudos y donde encuentran por lo mismo expresiones más claras los problemas del Continente. Y México formuló en los ensueños de la mitología azteca el doble símbolo, resumen de todo el misterio de los destinos. Quetzalcoatl y Huitzilopochtli. Pero venció Huitzilopochtli y a Huitzilopochtli se elevaron templos y a Huitzilopochtli se ofrendaron víctimas y entonces Quetzalcoatl emigra. Quetzalcoatl no sabe transigir, ni debe transigir, por eso se impone o emigra. Y no hablo de los casos en que lo matan o lo crucifican o lo asesinan, porque Quetzalcoatl es inmortal y resucita después de cada asesinato, después de cada crucifixión. Y sólo se hunden para no resucitar jamás los asesinos y los crucificadores de Quetzalcoatl.

Pero también sucede que así que Quetzalcoatl abandona a sus pueblos, los desampara. No es Quetzalcoatl quien sufre el ostracismo, porque dondequiera lleva Quetzalcoatl la cauda de su marcha y el aura del alma lo rodea como de un nimbo. Y al contrario son los pueblos los que padecen desconcierto y oscuridad después de cada viaje de Quetzalcoatl. Y además de eso el azote, la guerra, el exterminio, la persecución. Después de la crucifixión de Quetzalcoatl Jesús, los judíos se quedan para siempre sin patria dispersos por el mundo. Y sólo cuando logran disipar en su corazón las sombras del odio, los judíos dispersos se suelen sentir superiores, porque ellos, como el verda-